

### III

#### REPRIMENDA

El taller estaba en el piso bajo. Era una habitación que debió alguna vez hallarse blanqueada; á la sazón era completamente negra. En las paredes aparecían colgadas las herramientas. En el fondo estaba la fragua con su chimenea de campana y su fuelle mecánico; en el centro el yunque y el torniquete.

Nicanor tiraba de la cuerda del fuelle y encendía el hogar.

Juanillo tomó una varilla de hierro y se dirigió hacia el aprendiz con aire de amenaza. Tanor no se movió.

— Ven aquí y siéntate en ese banco — dijo el herrero soltando la varilla. — Tenemos que hablar.

Obedeció Nicanor y esperó callado en ademán humilde.

— Vamos á ver — comenzó el herrero, — ¿tienes alguna queja de mí?

— Señor Juan — contestó el aprendiz con las lágrimas en los ojos. — Bien sabe Dios que no y que ha sido usted para mí un verdadero padre. Si algún día llego á ser hombre, ya le demostraré que no olvido los beneficios.

— Hace cuatro noches — siguió el protector — que no duermes en casa. Falta un cestillo, dos platos, un cuchillo y una servilleta.

— Señor Juan, yo le juro que lo devolveré, que no he querido robarle...

— Bueno. Eso ya lo sé. Pero ¿en dónde has pasado la noche? Vamos á ver si eres ó no embustero; si tienes valor para mentirme por primera vez en tu vida.

Vaciló Nicanor y, por fin, contestó resueltamente:

— He ido á buscar á Nila.

— ¿Al monte?

— Al monte.

— ¿Á Nila? ¿Á esa bribona? ¿Á esa fiera sin entrañas?

— Maestro — interrumpió el rapaz, — Nila es inocente.

— ¿Y aunque lo sea?...

— Y además — siguió Nicanor — es mi madre.

— ¿Que Nila es tu madre? ¿Y quién te ha dicho á ti semejante cosa?

— Me lo ha dicho ante todo mi corazón. Soy huérfano, señor Juan, y, á pesar de los beneficios

que á ustedes debo, ninguna noche he podido cerrar mis ojos sin pensar que tenía en el mundo una madre. Muchas veces al ver á Nila, cuya locura se exacerbaba al hablar de niños, comprendí que ella también sufría y que había perdido un pedazo de sus entrañas. Por último, hablando el otro día de ella con el señor Cura, me dijo con un acento que me llegó al corazón: «Compadécela, Nicanor, y aun protégela si puedes. Su locura dimana de haber perdido un hijo. ¿Quién sabe si tú serás ese?»

— Eso te dijo el señor Cura?

— Y no pude, después de esto, sacarle una sola palabra. Pero, enseguida, sentí algo así como un remordimiento por dejar morir de hambre á aquella mujer, despreciada de todos, perseguida como una fiera. Y decidí buscarla por el monte, llevarla provisiones, llamarla madre y defenderla si era necesario.

— ¡Qué hermoso corazón! — dijo conmovido Juanillo.

— Mire usted maestro, — continuó el abnegado muchacho. — La noche primera no me reconoció. Pero después parece que va recobrando la razón. Me llama hijo suyo, me besa. Ya no hay duda ¡es mi madre! Me llama su Miguel y no la conocería usted si la viera. Si sigue así, dentro de pocos días estará tan cuerda como usted y como yo. Luego yo demostraré su inocencia. Me iré á vivir con

ella, muy cerca de ustedes. La loca habrá dejado de serlo, la criminal será rehabilitada; para ella las burlas y el odio se habrán cambiado en respeto y ternura. ¡Y todo eso habrá sido obra mía, de su Miguel!

Lo decía todo esto el niño con absoluto aplomo y seguridad.

Juanillo quedó un momento pensativo; luego exclamó con frase sincera:

— Yo no sé si aciertas ó no. No sé si haces bien ó mal en dejarte llevar por esos generosos arranques. Es decir, como bien, haces bien; pero no sé si tu bella acción tendrá la recompensa que merece. De lo que sí estoy seguro, es de que vales muchísimo más que yo, de que tienes un talento extraordinario y de que no te quedarás en herrero. Los hombres de trabajo como yo, rudos, sin instrucción, sin conocimiento bastante á juzgar de los hombres y de las cosas, cuando somos honrados y llevamos un corazón aquí adentro, conocemos sin embargo muy bien cuándo hay á nuestro lado un hombre que vale, una inteligencia superior á la nuestra, como conoce en la obscuridad el pardillo, el golpeteo de las alas del águila. Solamente quisiera preguntarte una vez más si has pensado bien lo que haces y á lo que te comprometes.

— Sí, maestro — contestó rápidamente el niño. — Lo he pensado muy bien. Y, sobre todo, lo he sentido. Ocurra, lo que ocurra, sobrevenga lo

que sobrevenga, vaya en ello mi desgracia ó mi felicidad, Nila recobrará del todo la razón y tendrá en mí á su hijo. ¡Á su hijo que la defenderá de todo el mundo y que conseguirá por fin que se le haga justicia!

Juanillo era bueno, muy bueno. Atrajo al aprendiz á sus brazos y le dijo besando su frente:

— Cuenta con mi silencio y mi apoyo, hijo bueno. Esta noche iremos á ver á tu madre juntos.

■■■■■■■■■■

#### IV

#### Á MODO DE INTERMEDIO

Es para todo narrador un difícil y embarazoso trance aquel en que ha de cortar su relato, suspender la ilación de su trama para salir á fin de cuentas, diciendo *verbi gratia* al lector desencantado y perplejo: *Han pasado cuarenta dias*.

El lector no se conforma con esto; sabe que el tiempo es la sucesión de los hechos, como es el espacio el orden de las cosas, y así, no acierta á formar idea de un lapso de tiempo en que nada ocurre, como no podría imaginar un espacio en que nada existiera. Tal ha debido ser el origen de la famosa regla clásica que nuestros antecesores llamaban unidad de tiempo y lugar.

Pero el lector ha de resignarse. Ha pasado cerca de mes y medio. No es mía la culpa si en esos cuarenta días César no ha hecho sino mortificarse, Octavia cuidar de su marido enfermo y

jugar con Benita, Enrique mejorar en su lecho, Nila recobrar la razón, Nicanor proteger á su madre, Juanillo machacar en el yunque, Nicasio batallar con sus remordimientos, la Geta beber, el Alcalde jugar y el tío Todo repetir á cuantos quisieron oírle, que todo en el mundo, mayormente, es una basura.

Ni el pintor copia la realidad con todos sus detalles, ni el narrador la vida con todos sus accidentes y peripecias. Hay que referir lo saliente, no lo trivial y nimio. Y todos hemos tenido épocas en la vida, acabadas las cuales hubiéramos podido decir como el narrador: *Han pasado diez años.* ¡Ay, esas son las épocas más felices! ¡Dichosos los hombres que no tienen historia! En cambio recordamos días interminables, horas de duración inaudita, minutos prolongados por el dolor ó la melancolía hasta el último límite. Otras veces, al cabo de un período de tiempo en que nada nos impresionaba, sentimos la pesadumbre de una mañana triste ó una tarde cruel. Allí se decide nuestro destino, cambia nuestra perspectiva del mundo, se transforma nuestra voluntad y nuestro carácter. En aquel día hemos vivido décadas. La narración puede comenzar.

¿Queréis, sin embargo, que os cuente cómo Nila ha sentido volver á su cerebro la luz? Escuchando todas las noches la voz de su hijo hallado, oyendo sus frases rumorosas y tiernas, sintiendo la suavi-

dad de sus caricias y el ardor de sus ósculos. Cada noche iba acostumbrándose más á verle; le esperaba impaciente en su escondrijo, contaba los instantes que tardaba en llegar. Luego, fué asociando la idea de aquel niño arrojado al camino á la del joven de cabellos sedosos y ojos fulgentes que la juraba amor y obediencia. Además, ella nunca había encontrado sino sarcasmos é injurias cuando no golpes; no era aquel tratamiento el mejor para volver á la normalidad de la vida, á la calma y regularidad cerebral. Ahora el medio en que vivía era diferente. Verdad es que su residencia era una hendidura; pero en sus lobregueces resonaba la voz amorosa de un hijo. Cierto que no podía contemplar en torno suyo sino hojas y ramajes; mas en las hojas podía ver la exuberancia de una naturaleza que nunca se agota y en los ramajes escuchar el pío maternal de las alondras animando á sus crías y el trino de los cantores del bosque como un himno constante á la fecundidad y al amor.

¿Deseáis que refiera cómo César se atormentaba? Huyendo de los hombres, macerando sus carnes, viviendo en inquebrantable y tenaz ayuno, cumpliendo sus penosos deberes de sacerdote y durmiendo sobre un tablado en su celda de penitente. Nada ya le importaba Octavia. Elevaba sus ojos al espacio infinito, á la esperanza que jamás engaña, á la idealidad que nunca muere. Sentía el ansia de lo inefable, el deseo invencible de lo ab-

soluto. Esperaba la muerte como un bien y deseaba despojarse de aquella vestidura mortal para ascender al *centro de las almas*, donde el amor no es un imposible ni la imaginación un pecado.

Octavia, por su parte, sentía encenderse cada vez más su pasión por César. Era ya un tormento insoportable, una locura sin medida. Antes de encontrarle de nuevo, sentía, sí, la tristeza del alejamiento, la melancolía de la felicidad no alcanzada. Pero esto no la impedía cumplir con sus deberes de esposa, ser cariñosa y afable con Enrique. La posesión había encendido en ella el fuego del deseo, despertado al grito atormentador de la carne. El hombre que cae puede redimirse; es más cuerdo y más frío. La mujer cuando rueda es de un modo definitivo, porque es mayor su instinto que su voluntad.

Cuando velaba á Enrique, sentía que la ahogaba el remordimiento. Hubiera querido arrojarse á sus pies, confesarle su culpa. Después no la hubiera importado morir á sus manos. Pero morir protestando una y mil veces amar á César, ser suya en pensamiento, consagrándole el último suspiro de su alma turbada y el último sacudimiento de su cuerpo despedazado por la pasión.

¡Con qué envidia miraba jugar á Benita! La niña era feliz, porque ignoraba todo. Pese á las declamaciones de los sabios, la felicidad está reñida con el saber. Es la clarividencia lo que hace

dolorosa la senectud, como es la ignorancia de hombres y cosas lo que hace amable la niñez. Si fuera posible dar á un niño el saber, la experiencia, la reflexión, la sabiduría, en fin, de la edad madura, ese niño jamás se atrevería á moverse, no llevaría en sus ojos abiertos el ansia de lo desconocido, ni en su corazón las palpitaciones de las empresas arduas. Por eso es en la juventud en quien cifra sus esperanzas el mundo, porque todo lo ignora y á todo se atreve; porque el sol de la vida, á cada paso que damos en ella, alumbra más, pero calienta menos.

Y si, además de esa sabiduría precoz, que trocaría la cuna en sepulcro, le diéramos al niño el conocimiento de sus propios destinos, entonces el frío de su inteligencia extinguiría el ardor de su corazón. No amaría, porque sabría que el amor acarrea la muerte y que sólo es lícito amar á trueque de morir. No lucharía por la verdad, porque juzgaría tal lucha estéril ó temería cegar con ella las fuentes de la dicha. Nada haría ante sus semejantes, porque, al sentarse al festín de la vida, vería, como el señor de Caudor, al espectro, despertando en su imaginación sus recelos presentes y sus remordimientos futuros.

No sólo amor es ciego: lo es todo niño. Al cruzar por el mundo, todos llevamos una linterna en la espalda que sólo alumbra la parte de camino que ya se recorrió. Más allá, delante de nosotros,

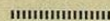
la sombra se extiende. ¿En qué parajé, en qué recodo del camino debemos descansar ó rendirnos, amar ú odiar, triunfar ó morir? No lo sabemos, y por eso nuestro paso es más firme y nuestra voluntad más segura. Un resplandor tan sólo y habremos parado nuestra marcha, temerosos de caer al abismo.

Pero Octavia se equivocaba al envidiar á la ignorancia, como también se engañaba César al enaltecer la castidad absoluta. Sólo es estéril lo inanimado. La Naturaleza, *la Dictadora*, lo ha dicho: Quien vive crea.

Es la razón una especie de maternidad. La palpación de la idea tiene algo del estremecimiento del germen. Es con dolor y angustia como se da vida á los hijos de nuestro espíritu, no siempre benévolos, como los hijos de nuestra carne. Pero el dolor del alumbramiento está de sobra compensado con el placer de la fecundidad. Seres activos, crear es para nosotros la dicha suprema, y al pronunciar el *fiat*, sentimos que nos divinizamos y rompemos el molde en que la naturaleza nos oprime, para encender en ella la luz que ha de dignificarla y ser en sus entrañas fuente de vida. Por eso la castidad absoluta es un crimen, como lo es la enemiga al pensamiento.

No; por grandes, por profundos que sean los tormentos que nos procura el ser fecundos ó el ser sabios, la maternidad es un bien que nunca se

maldice y la sabiduría una majestad que nunca se abdica. Isis, al convertirse en diosa, no deja de ser madre. Fausto, al transformarse en mancebo, no se despoja de su saber. Por eso es desdichado, pero por eso es grande, y así, cuando deja la escena del mundo, ruegan por él Gretchen y Helena y, sobre los silencios sublimes del espacio, se eleva, para demandar el perdón de sus culpas, la voz del *Eterno femenino*.



## LA MORAL DE LA TÍA GETA

Una mesa, un catre, un baúl, una silla desven-  
cijada y dos pucheros; tal era el ajuar de la tía  
*Geta*. Cierto que la vivienda no demandaba rique-  
zas mayores. Era un zaquizamí ahumado, cuatro  
paredes sobre la madre tierra y encima ocho vigas  
podridas, puestas en caballete y amenazando ve-  
nirse con estrépito con sus tejas rotas y mal uni-  
das sobre los temerarios que allí se encontraban.

Porque eran dos: la *Geta* y Nicasio. Ella sen-  
tada en la única silla, con medio cigarro de papel  
en la boca, amarillento y húmedo. Él recostado  
sobre el baúl, en mangas de una camisa negruzca,  
con sus pantalones de pana raída, atados con dos  
trozos de esparto sobre el tobillo y la boina gra-  
sienta ladeada, ó mejor, caída sobre una mejilla  
tostada por la solana y curtida por el aire del  
monte.



— Yo lo que le digo á usted, tía Salustiana — refunfuñó el del canalillo, — es que el día menos pensado me presento al Alcalde y lo cuento todo *de pe á pa*.

— Y te cargas de *trena* la vida de un caballo — dijo la vieja dando al cigarro un chupetón.

— Bueno. Pues lo sufriré con paciencia, pero no tendré siempre dentro del cuerpo este escozor que me consume. Además que no tendría yo tanta pena, porque la que hirió á don Enrique fué usted.

— Eso para sabido por la justicia. Yo con decir que habías sido tú, estaba del otro lado. De modo que los dos pagaríamos igual.

— Usted es una mala persona, tía Geta — saltó Nicasio.

— ¡Otra! ¿Y qué querías que fuera? — dijo la Salustiana tirando la colilla. — Soy lo que sería cualquiera persona en mi lugar, y me quedo corta.

— Eso...

— Mira, Nicasio. ¿He conocido yo padre ni madre? No. ¿He tenido alguien en el mundo que mire por mí ni me enseñe siquiera las primeras letras? Tampoco. Desde pequeñita he tenido que andar por la carretera de pueblo en pueblo y de barda en postigo pidiendo limosna. Aquí me achuchaban un perro, allí me arrojaban un trozo de escombros; era todo el mundo á insultarme. Ninguno á decirme: Chica, ven aquí: dime de dónde vienes y qué necesitas.

Nicasio escuchaba con el ceño fruncido.

— El primero que me hizo una caricia me llevó como un mastín de ganado á donde quiso, y en cuanto se cansó me arrojó á empellones. ¿Tenía yo un nombre que deshonrar? ¿Hacía mal á nadie? ¿Sabía yo si eso era bueno ó malo? ¿Tenía otra experiencia del mundo que la que tiene el perro sin amo á quien todos arrojan piedras? Si estuviera aquí el señor Cura diría que debí ser buena y esperar á que un hombre se casara conmigo; pero quisiera yo saber qué hubiera hecho en mi lugar y qué boda hubiera esperado otra mujer fea como yo, hambrienta como yo, despreciada como yo lo estaba por todo el mundo. Los que nos dicen que hay que ser buenos, no tienen hambre. Todos los libros de moral se han escrito de sobremesa.

— Diga usted que era mala *de nación* — interrumpió Nicasio — y no me venga usted con pampulinas.

— ¡Mala de nación! — contestó la Geta. — De nacimiento todos somos malos. Si no, mira lo que hacen los salvajes y los chicos y todas las personas que no tienen quién las dirija. El comportamiento no es una cosa natural. Se va haciendo, pero se va haciendo cuando se puede; cuando no, lo primero es vivir.

La vieja decía todo esto con aplomo, como si estuviera exponiendo todo un sistema.

— ¿Has visto tú que salga á robar á la carre-

tera ningún rico? ¿Has visto que se emborrache en la taberna con aguardiente ninguna duquesa? Si mi padre hubiera sido un capitalista, yo hubiera sido doña Salustiana, y en vez de cometer fechorías, estaría á estas horas haciendo limosnas á los pobres ó en un convento de esos á que van las jóvenes con dote, rezando el trisagio con toda mi virginidad á cuestras.

— Por sí ó por no — insistió el gañán, — repito que no es usted una buena persona.

— Ni puedo serlo. Yo comprendo que se porte bien con el mundo quien recibe algo de él. Pero ¡yo, que no he recibido nunca más que daño y ofensas! A fuerza de ver que nadie miraba por mí, he concluido por mirar yo misma y hacer mi santa voluntad. ¿Quiero dormir? Duermo. ¿Quiero comer? Como. ¿Que no tengo qué? Lo robo y en paz. Y, además, siento así como una alegría interior cuando hago daño á alguien; me parece entonces que devuelvo algo del que se me ha hecho á mí. ¿Soy una fiera? Mejor. El que no quiera tener fieras, que no críe cachorros.

— Pues yo, tía Salustiana — dijo el del canallillo, — he sido menos desgraciado que usted, porque he tenido una madre, y esa madre me ha enseñado á ser bueno. En el pueblo no me ha ganado nadie á bruto, pero tampoco á hombre de bien, y ¡mire usted por donde la cochina codicia y sus engaños de usted me han llevado á hacer una

barbaridad muy grande! Yo creía que no íbamos á hacer más que asustar al que se presentara, pero usted se adelantó y le dió una puñalada en la espalda. Y todo ¿para qué?: para tener que echar á correr enseguida sin sacar el menor provecho; porque caer el señorito y venir gente fué todo uno. El caso es que yo no duermo ni como y que tengo una pena que me parte. Lo único que me consuela es no haber cometido el crimen solo. Eso de saber que no es uno solo el que comete el mal, alivia mucho de remordimiento. ¿Sabe usted por qué fué Caín tan desgraciado? Porque nunca pudo encontrar otro Caín.

— De todo eso que dices — habló la vieja, — lo que yo saco en limpio es que no tienes sentido común y que, el día menos pensado, te vas á perder y me vas á perder á mí. Pero si, afortunadamente, don Enrique está casi curado, ¿qué adelantas con presentarte á decir lo que nadie te pregunta?

— Mire usted, tía Salustiana — dijo levantándose Nicasio. — Si no se echara la culpa á nadie de lo que ha sucedido, maldito si hacía falta confesar. Pero como hay una pobre mujer en el monte hace mes y medio, si es que no se ha muerto de hambre á estas fechas, que está sufriendo la pena negra por la culpa de usted y la mía, yo no puedo permitir que eso ocurra, porque permitirlo sería un delito mucho más grande que salir al camino á robar.

— Haz lo que quieras — contestó la mendiga; — te ha dado hoy por la santidad y más vale así. Además, tú crees que no hay más que encerrarte en una celda ó colocarte en un taller para pasar allí seis ú ocho años, acabados los cuales saldrás tan campante sabiendo un oficio y dispuesto á hacerte querer de todo el mundo. ¡No estás en mala equivocación! Hijo mío: el presidio es mucho peor que lo que te figuras.

— Ya lo sé que tengo que trabajar y sufrir y no salir de allí hasta que cumpla.

— Pero lo que no sabes es que habrás de sufrir que hombres como tú te den de cachetes.

— ¡Caramba! Eso...

— De cachetes, así como suena. Y allí no te vale el genio. Te pegará primero el capataz, luego el matón que cobre allí el barato...

— Ó no me pegará.

— Si quieres estar toda la vida con un grillete, no digo que no. Pero ese remedio sería peor que el daño. Después, en vez de aprender, lo que harás será volverte un pillo sin entrañas, haragán, ladrón...

— ¡Por vida de...!

— Y, cuando salgas, ya puedes arrojarte al río de cabeza, porque nadie te dará trabajo, ni te dirigirá la palabra, como no sea más criminal que tú. Entonces te verás como yo me he visto y comprenderás que puede llegar un día en que tiene uno

que ser malo á la fuerza. Porque el mundo, con todas sus leyes, corrige así: haciendo de un hombre un idiota y de un buen muchacho un criminal. Tú crees que la sociedad es muy buena; pero tiene mucha razón el tío *Todo* cuando jura que, en ella, todo, mayormente, es una basura.

— Tía Geta — prorrumpió sofocado Nicasio, — usted es para mí el demonio. Yo no sé lo que haré, ni cómo terminaré; pero lo que es usted, acabará malísimamente.

— Acabaré — dijo la Geta — como cada hijo de vecino. En esa tierra que todo se lo traga. Lo demás es conversación.

■■■■■■■■■■